

Chocolate con crema en Paríma Bay

Una novela costarricense cuenta del encanto perdido del Caribe¹

Por Werner Mackenbach



Hasta hoy en día la literatura costarricense sigue siendo casi desconocida en Alemania. Tal vez esto se pueda explicar por la falta de exotismo en la percepción europea de Costa Rica. No es por casualidad que, no solamente entre sus vecinos, el pequeño país tropical pase aún en la actualidad por la «Suiza centroamericana». Como sea, es verdad que en su historia faltan, casi por completo, las convulsiones tan típicas de los otros estados del istmo: guerras y guerras civiles, golpes militares y revoluciones, luchas armadas e insurrecciones.

En el caso de Nicaragua, Guatemala y El Salvador

la atención acrecentada por los acontecimientos políticos en los años setenta y ochenta también originó cierto interés en la literatura de estos tres países, que principalmente tuvo motivos políticos. En especial, las ediciones en alemán de la poesía de Ernesto Cardenal, de las novelas de

Gioconda Belli y del testimonio de vida de la Premio Nobel de Paz Rigoberta Menchú, que en las literaturas centroamericanas y el discurso literario en la región ha jugado un papel destacado, alcanzaron considerables tirajes. En contraposición, en los últimos años –con la excepción de *Tenochtitlán. La última batalla de los aztecas*, de José León Sánchez que casi ha quedado desapercibida– no se publicó ninguna novela de Costa Rica en traducción alemana.

*Hahnenbräute*² (en original *Calypso*³) de Tatiana Lobo es la primera novela costarricense de los años noventa publicada en alemán, cuya trama se desenvuelve en el país mismo. Parece que de una sola vez quiere compensar lo que hasta ahora ha faltado en nuestra percepción del país, por sus abundantes ingredientes exóticos de procedencia tropical. El centro de la novela es la vida en Parima Bay, alguna bahía olvidada en la costa del Caribe. La gente que vivía allí comenzó a llamar a esta bahía que antes carecía de nombre con el apellido del primer hombre blanco que vino del interior del país, Lorenzo Parima, y quien se estableció en esa playa, el día en que «al otro lado del Atlántico, un austríaco loco desataba la segunda guerra mundial» (*Calypso*, 11). Le acompaña un ex-camarada de trabajo, el negro Alphaeus Robinson, «hombre de buena fama y calificado prestigio, el mejor estibador del Puerto» (ibid.). A él se le llama «Plantintáh» por su «desmesurada afición por ciertas golosinas de masa rellenas con plátano dulce teñido de rojo vegetal, que en buen inglés se escribía plantain tart, pero que hablado en la forma dialectal de la región sonaba aproximadamente así, plantintáh» (*Calypso*, 13), pero también «Jicaritas de Agua Dulce» o «Schokosahne» («chocolate con crema», en la edición alemana) a causa de la predilección que las prostitutas blancas de su burdel preferido tienen por el portador de ese «apodo expresivo y cariñoso con el que lo distinguían de la clientela ordinaria» (ibid.) – nombre afectuoso y al mismo tiempo bastante ambiguo (y aún más en la traducción alemana) que más tarde provocará la envidia desmedida de Lorenzo.

El blanco no sólo abre el primer comisariato en el lugar – encargando «un tarro de pintura amarilla, color pico de tucán, con el que escribió PARIMA Y CIA. sobre la puerta de dos hojas» (*Calypso*, 29) – , también introduce el primer aparato de radio, el primer bote con motor, el primer teléfono a la bahía, y después, cuando se vuelve más y más una atracción turística, la primera discoteca, el alumbrado público y la primera comunicación vial con el interior del país. Sin embargo, «Parima Bay perdía en encanto lo que ganaba en progreso» (*Calypso*, 217).

Esta expresión de la narradora presentada en la última parte de la novela muy bien podría servir como epígrafe del libro, aunque sólo caracterizara

un aspecto: el intento de apoderarse de la vida en la bahía con los medios del progreso. Pero mientras la entrada de la modernidad a la bahía destruye el embrujo de las costumbres tradicionales de vida, al mismo tiempo Lorenzo sucumbe a esta magia – y no podría ser de otra manera: en su expresión femenina. Se enamora tanto de la bella Amanda, la mujer de piel negra de su compañero Plantintáh, que lo asesina para abrirse el paso a sí mismo. Pero ella prefiere a un negro jamaicano. Como una obsesión, este amor se prolonga con la hija de Amanda, Eudora, y la hija de la hija, Matilda (las tres partes de la novela llevan los nombres de las tres mujeres). Eudora incluso acepta casarse con él. Sin embargo, no logra realmente poseer a ninguna de las tres mujeres.

Tal vez se podría criticar que la novela recurre demasiado a los grandes arquetipos de la novelística latinoamericana contemporánea, recreando de cierta manera el Macondo de García Márquez bajo condiciones caribeñas, que retoma las fórmulas acreditadas del «realismo mágico» (por ejemplo, en la supervivencia de Plantintáh como espíritu omnipresente después de su muerte), o que algunos de los personajes de la novela quedan como xilografías. No obstante, la autora logra una metáfora acertada de la realidad caribeña en la era del «colonialismo poscolonial». El hombre blanco, si bien es capaz de establecer su dominio económico, nunca podrá conquistar las almas. Lorenzo logra casarse con Eudora, sin embargo, ya en la noche de bodas sus fuerzas viriles le fallan. El encanto del Caribe le queda vedado.

En contra de la fuerza destructiva del progreso, la autora evoca y reaviva un mundo sumergido y perdido. Al mismo tiempo, la novela no pone en duda que no existe una alternativa a la modernidad. Incluso Africa, la mítica patria primordial, ya no ofrece un amparo seguro: «Africa es una pesadilla, [...] es una grande y profunda desesperanza» (*Calypso*, 185), resume Plantintáh/espíritu que regresa de un viaje espectral al continente negro, «sin encontrar la forma de renacer» (*Calypso*, 184). Porque también los africanos «habían perdido el contacto con las energías primarias del planeta» (*Calypso*, 185). De una vez para siempre las raíces están cortadas, no hay regreso a los orígenes, sólo la mezcla de los ritos antiguos con los hábitos de vida modernos.

Puede ser que su biografía ha predestinado a Tatiana Lobo a una mirada tan perspicaz al encanto del Caribe, que se opone a cualquier mito folklórico del «buen salvaje». Nació como hija de inmigrantes alemanes en Chile, cursó estudios en Bellas Artes en Santiago de Chile y Madrid, vivió por tres años en Alemania y Austria y está radicada en Costa Rica desde 1967, donde en el año 1992 publicó su primera novela, *Asalto al paraíso*.

Desafortunadamente, en la edición alemana se pierde mucho del lenguaje irónico y a veces burdo del original, que evitan caer en clichés. Esto se



debe a la traducción extraordinariamente malograda y llena de errores. Comienza por el título: *Hahnenbräute* («novias de gallo») que no solamente le da a la novela un sello paratextual machista, que contradice rotundamente el texto, y reduce a las tres personas femeninas a meras amantes e instrumentos de Lorenzo (y Plantintáh) – como hemos visto es muy diferente el «mensaje» del texto. También pierde por completo la alusión paratextual y sincrética al Calypso como «ritmo afrocaribeño que narra una historia» y a Calypso como «personaje femenino

de La Odisea, cuyo nombre significa la que oculta» (*Calypso*, 9), como dicen los epígrafes de la novela. No es de entender por qué en la edición alemana no se mantenía el título original, que además hubiera «sonido» mejor.

¿Y qué se debe opinar, por ejemplo, de un hombre que «no tenía huevos» (*Calypso*, 31; traducida al alemán: «Plantintáh hat keine Eier», *Hahnenbräute*, 31 = no tiene testículos), pero era capaz de hacer «crecer» la barriga de su mujer? ¿Acaso es un milagro biológico? Más bien una criatura lingüística deforme. La traducción literal y por esto equivocada de «no tener huevos» deja este pasaje del texto completamente sin sentido. ¿O qué se puede decir de un Jesús, der «die Zimmerwerkstatt von San José verlassen hat» (*Hahnenbräute*, 69), que en español diría: que abandonó el taller de carpintería de la capital costarricense San José, cuando el original habla del santo que lleva el nombre José y su taller en la historia bíblica conocida (véase *Calypso*, 62)? Igual de fastidioso es que en la traducción al alemán se mantiene la palabra «Puerto» como nombre de una ciudad, aunque en el original se trata del puerto más cercano a la bahía, para lo cual existe una palabra alemana exacta («Hafen» = puerto o ciudad marítima). Esto provoca unas construcciones muy raras como la policía de (la ciudad) Puerto (en alemán: die «Polizei von Puerto», *Hahnenbräute*, 49 y adelante, en lugar del correcto «Hafenpolizei»). Y así se podría continuar la lista de errores e inexactitudes, de los cuales hay varios en cada página de la edición alemana.

También en este sentido, es decir, en cuanto a una traducción más lograda y apropiada, la literatura costarricense contemporánea merecería una atención mayor.

NOTAS

1 El presente artículo es una versión ampliada de una reseña que se publicó en el Frankfurter Allgemeine Zeitung, del 5 de noviembre de 1999.

2 Tatiana Lobo: Hahnenbräute, Wuppertal 1999: Peter Hamer Verlag (traducción al alemán de Sabine Müller-Notdhoff)

3 Tatiana Lobo: Calypso, San José, Costa Rica 1996: Ediciones FARBEN